cia la enfermedad y los trabajos, le servimos y agradamos según su voluntad, que es lo mejor y lo que más nos conviene.

22. Si no tenemos quien nos cure, pongamos en Dios nuestra confianza; y si tenemos y sanamos, debemos atribuirlo todo á Dios, que nos volvió la salud por medio de los médicos; y si éstos yerran, tomemos aquel yerro por acierto de Dios, y digamos: El Señor ha sido servido que así sucediese: bendito sea su santo nombre.

23. De esta manera la enfermedad del cuerpo no impide la pureza del corazón, sino antes bien la ayuda llevándola como se debe. Pero no olvidemos que entonces es necesario estar muy prevenidos para no perder el mérito de la paciencia; pues por una parte los dolores y la tristeza, y por otra el demonio, nos incitan á quejarnos demasiado y á mostrarnos delicados é impacientes si no se nos trata con esmero y atención.

24. Aparecióse el Señor á Santa Gertrudis, trayendo en su mano derecha la salud y en la izquierda la enfermedad, y le dijo que escogiera lo que quisiese. La Santa contestó: «Lo que yo deseo de todo corazón es que no miréis mi voluntad, sino que se haga en mí vuestra mayor gloria y contento.»

25. Un enfermo pidió á Santo Tomás Cantuariense que le alcanzase de Dios la salud; pero después de haberla conseguido, aquel enfermo pidió de nuevo al Santo que le volviese la enfermedad si así le convenía para su salvación, y así sucedió; y el enfermo quedó muy consolado porque ésta era la voluntad del Señor.

26. Un santo monje tenía el don de milagros, y curaba con sólo el tacto de su mano ó con ungir aceite á los enfermos; pero él estaba hidrópico y tan hinchado que no podía salir por la puerta de su celda, donde estuvo hasta su muerte sin entristecerse ni quejarse, y diciendo á sus hermanos: «Rogad á Dios por mi alma, y no cuidéis de mi cuerpo, que cuando estaba sano de nada me servía.»

CAPÍTULO III

De la conformidad con la voluntad de Dios en la vida y en la muerte. — En los trabajos y calamidades. — Medios para llevarlos provechosamente. — En las sequedades y desconsuelos que tenemos en la oración.

§ I

Debemos conformarnos con la voluntad de Dios, así en la vida como en la muerte. Porque si vivimos, vivimos para el Señor; y si morimos, morimos para el Señor, esto es, para honrarle y darle gloria, cumpliendo en todo su santa voluntad.

2. La muerte nos es muy amarga porque

estamos muy apegados al mundo: amamos las riquezas, los deleites, los honores, y al pensar que tarde ó temprano tendremos que dejar tan caros objetos, nuestro corazón se llena de tristeza.

3. Nuestra mala conciencia, nuestros muchos pecados son otros motivos por los cuales tememos la muerte. El remedio contra estos temores y amarguras consiste en desapegar el corazón de los bienes de la tierra, reflexionando que no hemos nacido para el mundo, y que nada alcanzaríamos con ganar todas las cosas perdiendo nuestras almas. — Debemos también apartarnos del pecado y llorar los que hemos cometido, y nuestra penitencia calmará nuestros temores y endulzará las penas de la vida, y entonces aceptaremos la muerte con una santa conformidad con las órdenes de Dios.

4. Mas pasemos adelante, y veamos cómo la muerte puede ser objeto de nuestros deseos. Podemos, en efecto, desearla por huir los trabajos que trae consigo la vida, porque es mejor la muerte que la vida amarga y trabajosa. Muchos pecan en esto por la impaciencia con que toman los trabajos, y por la manera con que piden á Dios la muerte con quejas é impaciencias; mas si la pedimos con paz y sujeción: «Señor, si sois servido, sacadme de estos trabajos; bástame lo que he vivido», no será pecado.

5. También podemos desearla por no ver la persecución de la Iglesia y las continuas ofensas que se hacen contra el Señor. Así la deseaba Elías en tiempo de Acaz y Jezabel, quienes destruyeron los altares y dieron muerte á los profetas de Dios.

6. Otro motivo para desear y pedir la muerte, es el vernos libres y seguros del pecado, pues mientras vivimos podemos ofender á Dios; y si por no pecar aún puede desearse no haber nacido, ¿cuánto más podrá morir? Porque peor cosa es el pecado que el no ser, y mejor fuera no ser que haber pecado. Digamos, pues, á Dios: «Señor, no permitáis que yo me aparte jamás de Vos. Si os he de ofender, llevadme antes que esto suceda, que no quiero la vida sino para serviros; y si no os he de servir con ella, no la quiero.»

7. Y aun por evitar los pecados veniales es bueno desear la muerte, lo mismo que por vernos libres de tantas faltas é imperfecciones, tentaciones y miserias como cada día experimentamos.

8. Una Santa decía que si pudiese escoger alguna cosa escogería la muerte, pues por su medio ya no tendría el peligro de pecar. Y el Padre Maestro Avila añadía que cualquiera que se halle con mediana disposición debe antes desear la muerte que la vida, por el peligro en que se vive y que cesa con la muerte.

9. Pero el motivo de mayor perfección para desear la muerte es por estar con Jesucristo. Cuando el amor que sentimos es tan encendido que creemos no poder vivir sin el Señor, entonces la vida nos causa un santo fastidio y suspiramos por la muerte con un vivo deseo. Gozar de Dios, quedar libres de todos los males de este mundo, conseguir nuestro fin soberano en la preciosa herencia de los hijos de Dios, todos estos bienes alcanzamos por medio de una buena muerte. Por esto los santos suspiraban por ella, y lo mismo debiéramos hacer nosotros.

10. Vivía un leproso en lo interior de un bosque, y estaba cubierto de asquerosas llagas que exhalaban un hedor insoportable; y con todo, estaba lleno de alegría y cantaba con una voz muy dulce. Uno le preguntó cómo podía alegrarse y cantar en medio de tantos dolores, y el leproso le contestó: « Entre Dios mi Señor y yo no hay otro medio que esta pared de lodo y podredumbre; y cuando ésta caiga, iré á gozar de Dios; y como veo que esto se va acercando cada día, porque mi carne se cae á pedazos, estoy muy alegre, y canto porque al morir iré al Señor. »

11. También en los trabajos y diversos acontecimientos, ya de cada uno de nosotros, ya generales, como hambres, guerras, enfermedades, pestes, muertes y otros semejantes,

debemos conformarnos con la voluntad de Dios. Todo esto tenemos que sentirlo como mal de nuestro prójimo; pero en cuanto es voluntad del Señor y ordenado para su mayor gloria y provecho nuestro, podemos conformarnos con su santísima y divina voluntad; y será mayor perfección, no sólo sufrir con paciencia estas cosas, sino amarlas y quererlas en cuanto son su voluntad y beneplácito, como lo hacen los bienaventurados en el cielo, que en todo se conforman con el divino querer; pues querer lo que Dios quiere y por la misma razón y fin porque lo quiere, es siempre muy bueno.

12. Creamos que la bondad y misericordia infinita de Dios no envía ni permite semejantes cosas sino para sacar mayores bienes. Dios quiere llevar al cielo por este camino á muchos que de otra suerte se perderían. ¿Cuántos hay que con los trabajos, las humillaciones ó las enfermedades se vuelven al Señor de todo corazón, y mueren con verdadero dolor de sus pecados, que de otra suerte se condenarían? Por lo mismo, aquellos castigos eran para tales personas grandes misericordias del Señor.

13. El Señor se apareció á Santa Catalina de Sena presentándole una corona de oro y piedras preciosas y otra de espinas, para que escogiera. La Santa le dijo: «Señor, ha mucho tiempo que yo he negado mi voluntad por seguir

la tuya: á mí no me pertenece escoger; pero si quieres que responda, te digo que en esta vida prefiero á todo lo demás conformarme á tu santísima Pasión, abrazando por tu amor todas las penas para consuelo mío.» Y dicho esto, tomó la corona de espinas y la puso en su cabeza con toda su fuerza.

§ II

14. Para conformarnos con la voluntad de Dios en todos los trabajos de que hablamos, entremos en nuestro propio corazón, recordemos nuestros pecados y consideremos cuán merecidos tenemos por ellos todos esos castigos, menores, con mucho, á lo que hemos merecido. Y si sentimos como debemos el pecado, poco ó nada se sentirá la pena exterior; así como el enfermo que tiene una llaga gangrenada se pone de buena gana en manos del cirujano para que obre y corte por donde le parezca, así nosotros, sintiendo de veras las llagas y enfermedades que nos causó el pecado, también de buena gana recibiremos los trabajos, humillaciones y mortificaciones con que Dios quiera curarnos.

15. Los santos deseaban todo esto para satisfacer al Señor en esta vida más bien que en la otra. «Señor, —le decía San Agustín,—aquí

quema y corta, y no me perdones nada en esta vida con tal que me perdones en la otra.»

16. Si conociéramos y ponderáramos bien la gravedad de nuestras culpas, todo castigo nos parecería pequeño; porque, ¿qué deshonras, qué injurias y desprecios no recibirá de buena voluntad para satisfacer sus pecados quien pensare que por ellos debía estar en los infiernos para siempre jamás?

17. Los santos atribuían á sus pecados los trabajos que Dios enviaba á su Iglesia, y así se conservaban en la humildad y en el temor de Dios. Imitemos su ejemplo, ya que con más razón podemos creer que nuestras culpas han provocado las iras divinas. Por lo demás, muchas veces castiga Dios á todo un pueblo por el pecado de uno solo. Así castigó á los israelitas por los pecados de Acam y de David.

18. Traigamos, pues, delante de los ojos esta consideración por una parte, y por otra el beneplácito de Dios, y fácilmente nos conformaremos con su voluntad en los trabajos que se digne enviarnos. Es Dios quien lo quiere, Dios lo hace, Dios lo envía; venga en hora buena; bendito sea su santo nombre.

19. Debemos asimismo conformarnos con la voluntad de Dios en las sequedades y desconsuelos que tengamos que sufrir en la oración, porque á ésta no vamos por consolarnos, sino por cumplir la voluntad de Dios; y

por esto, si el Señor nos da consuelos, debemos recibirlos con acción de gracias, pues sirven en gran manera para fortalecernos en la virtud, para quebrantar la propia voluntad y vencer nuestros apetitos y pasiones y llevar alegres la cruz del Señor. Pero no debemos parar en ellos ni desearlos por sólo nuestro gusto, que esto sería ya un mal, sino por las ventajas que hemos dicho y por la mayor gloria de Dios. Y tales deseos no deben ser demasiado ardientes, de manera que turben nuestra paz y sosiego, pues mejor que todo es la voluntad de Dios y conformarnos con ella.

20. Lo mismo decimos del don de oración y de la entrada que deseamos tener en ella, y de la quietud interior de nuestras almas; pues muchas veces estamos como una piedra delante del Señor, muy distraídos aun á pesar nuestro, y tan llenos de malos pensamientos que nos parece que no vamos á la oración sino para ser tentados. Muchas veces el Señor prueba á sus escogidos con tales trabajos, y para aprovecharnos de ellos conformémonos con su voluntad, con fortaleza de espíritu, diciendo: «No se haga, Señor, lo que yo quiero, sino lo que Vos queréis.» Que no está la perfección en los consuelos, sino en unir nuestra voluntad con la de Dios.

21. «En todas las cosas que os vinieren, —decía San Pablo,—dad gracias á Dios, porque

ésa es su voluntad [1].» Pues si ésa es la voluntad de Dios, ¿qué más tenemos que desear? Porque la vida es tan sólo para agradarle, y por lo mismo, si El nos lleva por obscura y estrecha vereda, no hay que suspirar por otra luminosa y apacible. Todas las cosas del cielo y de la tierra no son para desear si de ellas se aparta la voluntad del Señor; y al contrario, no hay cosa, por pequeña y amarga que sea, que con la voluntad de Dios no se haga preciosa y muy amable.

22. Tal vez creeremos que las distracciones y sequedades que padecemos en la oración sean por nuestra culpa, y en creerlo así no hay inconveniente; mas no por esto debemos quejarnos ni perder la paz, sino conformarnos con la voluntad divina. En efecto: si conocemos que por nuestra falta merecemos el castigo, y que cualquiera que el Señor nos dé en la vida será muy pequeño para quien ha merecido el infierno, y tal castigo es un indicio de que no quiere castigarnos para siempre, pues nos castiga en este mundo, debemos recibir los castigos que Dios nos manda en la oración, conformándonos con su santa voluntad y dándole mil gracias porque así se porta con nosotros, pues bien merecen tal castigo todas nuestras culpas; castigo lleno de justicia

1 Tim., V.

y de misericordia; de justicia, porque si tantas veces hemos cerrado á Dios las puertas de nuestra alma, resistiendo sus inspiraciones, justo es que, ahora que llamamos, no nos responda ni nos quiera abrir la puerta. Y es castigo harto pequeño y lleno de misericordia, pues mucho más merecíamos, y por otra parte, su divina Majestad lo encamina á nuestro bien. Por lo mismo conformémonos con la voluntad divina, y no nos atrevamos á pedir consuelos y regalos; baste que el Señor nos tenga en su casa y nos deje entrar en su presencia, y esto será para nosotros un beneficio muy grande.

23. Si por nuestras culpas vienen esas sequedades, digamos al Señor que mucho nos pesa de nuestras faltas; mas en cuanto aquéllas sequedades son por su voluntad y en castigo de nuestros pecados, las aceptamos con todo nuestro corazón, ofreciéndonos á llevar esa cruz todos los días de vuestra vida, bendiciendo siempre su sagrado nombre.

24. El hijo sufrido y callado que se conforma con la voluntad de su Padre celestial en todo lo que le envía, aunque sea muy trabajoso y pesado, le agrada más que el delicado y quejoso y que anda con disgusto porque no le dan lo que quiere. — El pobre que aguarda á la puerta del rico con paciencia y sin quejarse, mueve más á que le den limosna y que le tengan compasión, que otro que se impacienta y

se queja porque le hacen esperar: éste más bien indigna y enfada. Lo mismo es respecto del Señor: nuestra humildad y paciencia lo inclinan á favorecernos, mas no lo contrario.

25. Cuando, pues, su divina Majestad nos mande sequedades y tentaciones en la oración, si nos conformamos con su voluntad haremos grandes actos de paciencia, porque sufrimos con resignación esos trabajos; y de amor de Dios, pues los llevamos por su causa; y de humildad y conocimiento propio, porque estamos palpando, por decirlo así, lo muy indignos que somos de estar en la presencia del Señor, ya que, siendo El quien es, tan bueno y tan piadoso, nos niega sus consuelos. Y si todo esto sacamos de las sequedades y desconsuelos que sufrimos en la oración, ¿qué mejores frutos podemos desear?

CAPÍTULO IV

Concluye el anterior. — Conformidad con la voluntad de Dios en las virtudes y dones sobrenaturales que hemos recibido de su mano.

§ I

Muchas veces las sequedades y desconsuelos en la oración no son castigo de nuestras culpas, sino efecto de la providencia altísima del Señor, que reparte sus dones como El es ser-

vido y según nos conviene. Tal vez, si se nos diera una oración muy alta y llena de consuelos, no nos conservaríamos en el temor de Dios y en la humildad. San Pablo nos dice que á fin de que las grandezas de sus revelaciones no le ensoberbecieran, se le dió el estímulo de su carne, un ángel de Satanás que le azotase [1]. Y si esto podía temer San Pablo, ¿qué no tendremos que temer nosotros? Pero no teniendo sino desamparos y desconsuelos, andaremos siempre confundidos y posponiéndonos á todos.

2. La pena y amargura que sentimos por no tener tan bien la oración como la quisiéramos, nos debe servir de consuelo, en cuanto nos indica que amamos al Señor; pues no hay dolor sin algún amor, ni pesar de no servir bien sin propósito y voluntad de lo contrario. Mala señal sería que nada se nos diera de aquellas sequedades; pero sentir pena y dolor por parecernos que todo lo hacemos mal, es un indicio que debe consolarnos y hacer que nos conformemos con la voluntad de Dios y le demos gracias porque así se porta con nosotros.

3. Por lo dicho podrá conocerse que es un engaño dejar la oración ó no darle todo el tiempo acostumbrado, por parecernos que nada hacemos ó que perdemos el tiempo. — Cuando el Señor nos llena de consuelos y favores, no

---

II Cor., XI.

es mucho que perseveremos en la oración; mas no dejarla á pesar de que en ella tengamos sequedades, amarguras, tentaciones, es de mucho mérito y descubre la grandeza y fidelidad de nuestro amor; porque los verdaderos amigos se prueban en los trabajos y aflicciones, y entonces se conoce si buscamos la voluntad y contento de Dios; y por lo mismo hemos de perseverar con humildad y paciencia, permaneciendo en la oración aun algo más del tiempo señalado.

4. El Señor hacía grandes gracias y favores á uno de sus siervos, y éste, con humildad y por el deseo de agradarle más, le pidió que, si era servido, le quitase todo aquello; el Señor escuchó su oración, y durante cinco años lo dejó entre desconsuelos, tentaciones y angustias; y como este hombre estuviese una vez llorando amargamente, se le presentaron los ángeles queriendo consolarlo; pero él les dijo: «Yo no pido consuelo, porque lo tengo en que se cumpla en mí la voluntad de Dios.»

5. Santa Brígida estaba muy afligida por malos pensamientos que no podía echar de sí, y muy temerosa del juicio de Dios, y su divina Majestad le dijo: « Teme mi juicio con moderacion y discreción, y confía en mí, que soy tu Dios. Los malos pensamientos á que el hombre resiste y da de mano, son purgatorio y corona del alma. Si no los puedes impedir,

súfrelos con paciencia y resístelos con tu voluntad; y aunque no los consientas, teme por ellos para que no te venga alguna soberbia y caigas; pues al que está en pie sólo le sostiene mi gracia. »

6. Debemos conformarnos con la voluntad de Dios en todas las gracias y virtudes que recibimos de su mano. Es verdad que siempre hemos de desear el ser mejores, el ir adelante en la virtud; pero de tal manera que no perdamos la paz si no llegamos á ser tan humildes como San Francisco, tan mansos como David y tan pacientes como Job. Por eso que nos falta debemos andar confundidos y humillados, pero no sin sosiego ni reposo, ni mucho menos quejándonos de lo que sufrimos. Los santos siempre deseaban ser mejores de lo que eran, no por su inclinación y amor propio, sino por Dios, y nunca perdían su paz; antes bien estaban contentos con aquella medida de gracias y favores con que el Señor se dignaba enriquecerlos.

7. Es necesario que seamos muy diligentes y sumamente cuidadosos en adquirir las virtudes: esto es indudable; pero ese cuidado y diligencia deben conformarse en todo y por todo con la voluntad de Dios. Hagamos lo que es de nuestra parte; y si á pesar de esto no somos como qiuiséramos y caemos en faltas, no nos admiremos, que somos hombres y no ángeles, ni desmayemos por esto, pues Dios conoce nuestra miseria y está dispuesto á socorrernos si entonces nos humillamos como debemos.

8. En lo que hemos dicho solamente tenemos que evitar un peligro: la tibieza que quiera entrar en nuestras almas, por ver que nunca seremos tan perfectos como los mayores santos. Sirvamos á Dios con toda diligencia y fervor, y por lo demás tengamos entendido que más le agradan la paciencia y humildad en las flaquezas que las inquietudes y congojas por no ser tan perfectos como quisiéramos. Y no olvidemos que muchos sirven más á Dios sin tener la virtud y el recogimiento que desean que si lo tuviesen; porque viven en humildad, andan con más cuidado, procuran adelantar y acuden á Dios con frecuencia, lo cual tal vez no hicieran teniendo el recogimiento y la virtud porque suspiran; se volverían tibios y dejarían de trabajar, estando ya contentos con lo que habían conseguido.

§ II

9. Debemos también conformarnos con la voluntad de Dios respecto de los bienes temporales, pues todo nuestro gozo debe referirse al divino beneplácito, al agrado y contento de

Dios, con preferencia á nuestros propios intereses: la voluntad del Señor y el amor de su honra deben sobreponerse á todo lo demás, y en esa honra y voluntad debemos alegrarnos más que en todos los beneficios que su divina Majestad nos haga. Este es el gozo de los santos en la gloria, más suave y delicioso por el cumplimiento de la voluntad divina que por su propia dicha; y de aquí viene que se hallen tan contentos con el grado de gloria que tienen, y que no deseen más, ni les pese de la mayor que tengan los otros; pues transformados en Dios, quieren como El; y viendo que tal es su contento y beneplácito, éste es el mismo que ellos tienen. Hagámoslo así nosotros, y cumpliremos en la tierra la voluntad de Dios como se cumple en el cielo; pensando que si tenemos que apartar los ojos aun de la misma gloria, por decirlo así, para ponerlos en la voluntad y contento de Dios, con más razón debemos posponer á esta misma voluntad todos los bienes de la tierra.

10. Para conformarnos prácticamente con la voluntad de Dios recordemos que uno de los principales efectos del amor es hacer que los que se aman tengan una misma voluntad y estén continuamente unidos entre sí; y cuanto fuere mayor esta unión, será también mayor el amor y más conforme la voluntad de los amantes. Veamos esto en los santos que

reinan con Dios en el cielo. La voluntad de Dios y su amor sumo y perfectísimo, es de su misma gloria y de su Ser sumamente perfecto y glorioso, y esta misma es la voluntad y el amor de los santos. Aman y quieren con todas sus fuerzas que Dios sea quien es, tan bueno, tan glorioso y digno de honra como lo es; y viendo en Dios todo esto, tienen un gozo inefable y son muy dichosos con tal vista. Pues esto es lo que hemos de procurar acá en la tierra para que se haga la voluntad de Dios como se hace en el cielo. Estando en la oración, consideremos el Ser infinito de Dios, su eternidad, su omnipotencia y la infinita sabiduría, hermosura y gloria que tiene, y regocijémonos en esto y tengamos complacencia y la más viva y santa alegria, porque El es el Ser perfectísimo y no tiene necesidad de nadie porque es omnipotente y está lleno de gloria. Y así de sus demás atributos.

11. No hay amor más perfecto que el que Dios se tiene á sí mismo, el de su Ser perfectísimo é infinitamente dichoso, ni puede haber mejor voluntad que ésta; y por lo mismo, nuestro amor será más y más perfecto cuanto más se asemeje al que Dios se tiene á sí mismo, y de la propia manera será más perfecta nuestra voluntad cuanto más se una y conforme con la suya.

12. El mayor bien que podemos querer al

Señor, es el que tiene en sí mismo, su Ser infinito, su bondad, su sabiduría y sus demás perfecciones; y amar es querer bien á quien se ama, y así nuestro gozo en el Ser de Dios y su divina gloria es un acto de amor muy perfecto. Por esto lo vemos tan recomendado en la divina Escritura. «Gozaos siempre en el Señor,—nos dice San Pablo,—otra vez os digo, gozaos[1].» Y nuestra querida Madre, en su hermoso cántico: «Se alegró mi espíritu en Dios mi Salvador.» Y del divino Maestro está escrito que se regocijó en el Espíritu Santo[2].

13. Este amor de complacencia, este alegre y suavísimo gozo de nuestra alma podemos ejercitarlo con la humanidad de nuestro Señor Jesucristo, alegrándonos sobremanera de su perfección y grandeza, de la unión que tiene con la persona del Verbo, de la plenitud de su gracia, de la elevación de su gloria, de ser ella el instrumento de Dios en la santificación y glorificación de los escogidos y en todo lo demás que le corresponde.

14. Estos mismos afectos podemos ejercitar respecto de la santísima Virgen y de los otros santos, gozándonos de sus excelencias y virtudes y de la gloria con que el Señor los ha premiado.

---

1 Filip., IV.
Luc., X.

15. Siendo Dios infinito, no podemos querer para El algún bien que no tenga; pero Dios puede crecer exteriormente en sus criaturas, siendo más conocido y amado por ellas; y así podemos ejercitarnos en este amor considerando cuán digno es de ser amado y honrado de todos, y deseando que el mundo entero le conozca, le ame, le alabe y glorifique en todas las cosas.

16. De aquí hemos de descender á desear y procurar por nuestra parte el cumplir en todo la voluntad de Dios y su mayor gloria, estando firmemenre resueltos á agradarle en todas nuestras obras, sin olvidar lo que está escrito: «El que dice que conoce á Dios y no guarda sus mandamientos, miente y no hay verdad en él; pero quien guarda sus mandamientos, en ése verdaderamente la caridad de Dios es perfecta[1].»

17. No es bastante para amar á Dios y conformarnos con su voluntad la complacencia que tenemos por su gloria y los deseos de que todas las criaturas le conozcan y le sirvan, sino que es indispensable ofrecernos y dedicarnos del todo al cumplimiento de su voluntad, comenzando á hacer en la tierra lo que por una eternidad tendremos que hacer en el cielo.

---

1 I Joann., II.